

filósofo el campesino no tiene tiempo para dejarse agobiar por estados de ánimo propensos a la melancolía. Mercier, por el contrario, considera que este grupo es uno de los más vulnerables por las múltiples angustias y problemas que definen su vida.

Los archivos demuestran un porcentaje muy bajo de suicidios por penas de amor, apenas 4.6 %, así como de hombres y mujeres víctimas de una enfermedad de larga duración en donde el suicidio aparece como un escape a dolores que no pueden mitigarse porque los remedios para esto aún no existen. También organiza los espacios públicos que sirven de marco para este acto. Los ricos prefieren los Campos Eliseos, Las Tullerías o el Palacio Real, mientras que los burgueses o pobres eligen el Jardín de Luxemburgo. Las mujeres aristócratas lo realizan en lujosos salones privados o en bañeras de mármol, mientras que las mujeres de escasos recursos saltan, para ahogarse en los ríos que bañan las ciudades. Colgarse está considerado como una práctica muy vulgar, pues recuerda en la tradición cristiana el suicidio de Judas. El estudio revela que dentro de las modalidades del suicidio por grupos sociales es posible afirmar que los hombres tienden a colgarse mientras que las mujeres a ahogarse. Y, en función de la clase social, se recurrirá al arsénico, opio, vitriolo, vomitivos como el emético y veneno para ratas.

Este recorrido por textos filosóficos, literarios, jurídicos, encuestas policíacas y judiciales permite entender uno de los rostros del proceso de secularización del fin del Antiguo Régimen que coloca como deber único y primero del hombre el de ser feliz, modificando las representaciones mentales sobre el suicidio y de alguna forma trivializándolo.

Claudia RUIZ GARCÍA

Larry TREMBLAY, *Le Christ obèse*. Quebec, Alto, 2012.

Los Cristos de Fernando Botero parecen delgados al lado del *Cristo obeso* de Larry Tremblay. El autor quebequense francófono, Larry Tremblay, mejor conocido como dramaturgo, pero quien también ha escrito novela, poesía y ensayo, acaba de publicar su cuarta novela bajo el provocador título de *Le Christ obèse (El Cristo obeso)*. Se trata de una obra corta, oscura, psicologista, enmarcada en el mundo de lo onírico, pero con reverberaciones grotescas y desconcertantes en el mundo de lo real. Es una exploración del alma de un psicópata que en ciertos momentos pudiera llamarse el *Psycho* quebequense; es una reflexión sobre la carnalidad pura, monstruosa, desprovista de habla, que puede llegar a invadirlo todo.

El narrador, Edgar, es un hombre de treinta y siete años que ha vivido siempre aislado de la sociedad y que ahora busca superar la muerte de su madre, único eje y centro de gravedad de su desequilibrada existencia. El relato comienza en el cementerio, pues el protagonista se ha quedado dormido sobre la tumba de su madre. Despierta muy agitado de una pesadilla y al abrir los ojos descubre a cuatro hombres, como

los cuatro jinetes del Apocalipsis, golpeando salvajemente un bulto que resulta ser una mujer. Envalentonado, al retirarse los agresores, rescata el cuerpo inerte sin saber si vive o no, y decide adoptar el papel de salvador. Lleva “el bulto” a su casa, que, simbólicamente, es la más aislada del vecindario; al descubrir que la víctima aún vive, Edgar se propone hacerse cargo de su restablecimiento, emulando el altruismo de Cristo y de su madre difunta que en vida fue enfermera. La víctima rescatada, inmóvil y muda, de quien Edgar no sabe nada más allá de la escena presenciada en el cementerio, se convertirá en el catalizador para que Edgar realice una exploración de las tinieblas de su propio pasado. Se gestará una relación extraña y enfermiza entre ambos personajes, parasitaria en ambos sentidos, pues la víctima rescatada ocupará poco a poco la totalidad del inmenso vacío que ha dejado la madre de Edgar con su muerte. Edgar descubrirá poco a poco la naturaleza de la relación que hubo entre sus propios padres y el papel que él jugó, involuntariamente disruptivo y destructivo, en esa relación. Descubrirá también la verdadera identidad de quien ahora comparte su vida.

Compuesta de una sucesión de capítulos cortos, *El Cristo obeso* es una obra diseñada para que el lector vaya retirando una a una las capas de significado, mismas que se van revelando poco a poco, hasta llegar al estremecedor desenlace. El alarde técnico de Tremblay para la creación del suspenso se refleja en las oraciones cortas con las que se expresa el narrador, que insiste en la cordura de su discurso y su conducta. Dicha insistencia, como en *El corazón delator* de Poe, primero insinúa y luego convence de la demencia que rige el mundo de Edgar. Su lucha contra el mal, contra la suciedad, contra la injusticia se revierte y lo lleva a cometer peores atropellos que los que quería enmendar. En ese sentido, la novela podría describirse como una especie de *thriller* psicológico, de no ser porque el ambiente asfixiante que impera y las percepciones distorsionadas del narrador apuntan a una realidad demasiado grotesca y perturbadora como para aclararse con una resolución tradicional. Aunque la novela tiene algunos rasgos reminiscentes de *Psicosis* de Hitchcock, sus motores son enteramente distintos. El hijo de la muerta buscará recrear la barrera protectora que lo albergaba dentro del vientre materno al producir su propia versión del sacrificio y la culpa con una intensidad que se revela como delirio.

La acción, fuertemente focalizada en el narrador, se concreta en los acontecimientos surrealistas del presente y los sucesos criminales del pasado. No hay espacio para más.

La figura de Cristo, recurrente en la novela, se presenta como el desencadenador de la violencia. ¿Cómo justificar la matanza de los Santos Inocentes?, se pregunta el narrador. ¿Por qué el sufrimiento de Cristo vale más que el de cualquier persona? Su madre, mujer de una devoción claustrofóbica, supo sembrar en él no la semilla piadosa del culto religioso, sino la semilla de la envidia y el descontento perpetuos. ¿Qué sucedería si en lugar del Cristo demacrado en la cruz se presentara como salvador un Cristo pletórico, desbordado de carnes, invasor de todos nuestros espacios?

Relato surrealista que recuerda al *Amante extremadamente puntilloso* de Alberto Manguel (2006) y los cuentos surrealistas para adultos de Michael Ende, *El Cristo obeso* de Tremblay cancela la posibilidad de la redención en un mundo oscuro regido

por las fuerzas del mal en donde el peligro mortal acecha hasta por los rincones más insospechados. La vida vacía y delirante de Edgar es receptiva de manera funesta, susceptible a dejarse invadir por lo peor y más terrible que se pueda concebir. *El Cristo obeso* es una instantánea del riesgo insondable, del peligro extremo que enfrenta un ser humano cada vez que conoce a otro.

Ana Elena GONZÁLEZ TREVIÑO

Luz Aurora PIMENTEL, *Constelaciones I. Ensayos de teoría narrativa y literatura comparada*. México, Bonilla Artigas Ediciones, 2012.

Llamaré a esta breve reflexión sobre el libro que nos ocupa hoy “Constelaciones I o los avatares de Luz Aurora Pimentel”, aunque también podría titularlo “La literatura, siempre la literatura”, como un intento por mostrarles lo que me parece significa para ella escribir otro libro de teoría literaria y literatura comparada, actividades que transmuta en formas agudas de lectura, “maneras de comprenderse al comprender el mundo del otro” y que resultan en “la sensación de abandonar un mundo al que se creía pertenecer, en presentaciones y re-presentaciones de mundos con(sentidos), que renuevan los mundos que habitamos” (21). Estoy únicamente parafraseando los párrafos iniciales del primer ensayo que “Sobre el relato” presenta Pimentel porque intento subrayar que sus reflexiones no sólo nos explican las posibilidades de entramado de significaciones de la narrativa, de la literatura, sino que son el resultado de una actividad que no sólo permite interpretar la significación como el resultado de procesos intelectuales, sino emocionales y vivenciales. Por eso, estoy totalmente de acuerdo con María Antonia González Valerio cuando, en el prólogo, escribe que al intentar señalar el objeto del libro de Luz Aurora siente que “falla” (aunque no creo que lo haga, sino que me parece que da justo en el blanco) porque “¿cómo pretender reducir a objeto de estudio algo que se ama tan profundamente y se ha convertido en parte del alma de quien lo hace?” (13). Algo que, además, como la vida, la identidad, el tiempo, fluye continuamente.

Tal vez parezca exagerado decir eso de lo que se anuncia como un libro de ensayos de teoría narrativa y literatura comparada. Sin embargo, *Constelaciones I*, como continuación, suplemento, afinación y refinación de los otros libros de Pimentel, *Metaphoric Narration*, *El relato en perspectiva* (que es uno de los cien libros más consultados de la biblioteca), *El espacio en la ficción* y la serie de ensayos recopilados en diversas antologías y revistas, nos muestra cómo, para ella, la lectura, la crítica, la teoría son procesos interminables, continuos, como todo, que fluyen, confluyen, influyen, que se forman y reconforman continuamente.

Por ejemplo, su análisis de una descripción de Charles Dickens en “Great Expectations” nos enseña a identificar cómo “la descripción se desplaza de la perspectiva de un yo-narrado a la del yo-que-narra, oscilando desde la experiencia y la reflexión, entre el cuerpo en su relación con el mundo y el saber intelectual, reflexivo sobre ese